

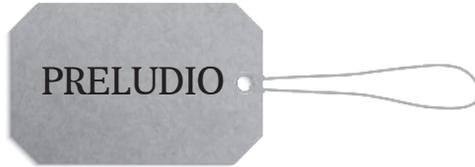


PRÓLOGO

Hay personas que aman demasiado, y ese afán de amor que les abrasa el corazón, incapaz de sofocarse, todo lo incendia, devastando hasta a ellos mismos. Aun así, les es insuficiente cuando la vida les permite recibirlo del ser amado, pero les niega el poder darlo, demostrarlo y vivenciarlo ellos mismos como se debiera. Entonces, la congoja se apodera de las almas haciéndolas sentir inútiles por no poder dar ni entregar aquello que el corazón les pide y el cuerpo les niega. Es una tesitura de felicidad irreal, con un sordo dolor que subyace en el inconsciente. La culpa comienza a socavarles el ánimo, culpa por amar tanto y no ser capaces de entregar todo aquello que la otra persona merece. Y esta creencia de no hacer suficientemente feliz al otro, aparece como una mancha de aceite que va penetrando en el agua, pero nunca se mezcla; y un buen día emerge a la superficie y se hace evidente su presencia. Entonces, los que aman demasiado se dan cuenta de que hay que borrarla con el sacrificio de amor más grande que puede hacerse, que es el de la renuncia. Cuánta entrega y generosidad alberga un alma capaz de hacerlo, cuánta grandeza de espíritu y cuánta dicha al conseguirlo. Pero cuando es a cambio de la propia vida,

todavía es más sublime y eleva a su ejecutor a la categoría divina de dios o diosa. Un mártir del amor, quizás, pero con una gran paz en su alma, una sonrisa que queda prendida en el más puro y bello rostro de la muerte cuando su causa es el amor. Y al final, solo el amor fue lo que se llevó al límite y logró la paz en ella (la muerte). Pero la naturaleza, siempre sabia, tiende a equilibrar la balanza para buscar la armonía. El secreto de la existencia, el yin y el yang orientales, el equilibrio y la estabilidad, siempre pasan por una tensión de fuerzas opuestas que pueden anularse mutuamente o complementarse: luz/oscuridad, movimiento/quietud, vida/muerte, mente/cuerpo, masculino/femenino, amor/odio. El misterio que subyace no es otro que la misma tensión contraria que hace que las cosas se mantengan y en los seres humanos también se manifiestan. Unos aman demasiado, otros son incapaces y desvían su amor hacia objetos u otras manifestaciones menos nobles; podría decirse que son espíritus pequeños por lo que son incapaces de hacer o sentir. Los espíritus pequeños, en la estrechez de sus capacidades, centran sus esfuerzos en la obtención de cosas más tangibles para sobrevivir, y la mezquindad que los habita se hace posesiva, hasta el punto de anular cualquier otro indicio de compasión o apertura a sentimientos más nobles. Son espíritus que acaban enfermando en su propia indigencia para la elevación de esos otros grandes espíritus que olvidan sus propios intereses mundanos para entregarse a los demás y, en esta coyuntura, un día se encuentran, casualmente, formando ese engranaje complementario típico de la esencia vital y va sucediendo la vida como una retahíla de acontecimientos que enlazan todo tipo de espíritus y las fuerzas opuestas o complementarias tiran cada cual para sí. El desenlace inevitable de la historia existencial se va fraguando y en cada circunstancia se impondrá una fuerza distinta.

Esta es la historia de esas fuerzas tan humanas y tan inhumanas al mismo tiempo.



París, julio de 1942

—¡Abran la puerta!

El gendarme derribó la puerta ayudado por otros oficiales. Apenas media hora antes, todo el barrio permanecía en una calma absoluta, presagio de la tempestad que estaba a punto de suceder. El gobierno francés de Vichy había orquestado la operación, adhiriéndose al resto de países europeos. Más de nueve mil gendarmes y policías fueron movilizados para lo que se llamó operación «Viento primaveral». Todos los judíos franceses figuraban en los archivos con sus nombres y direcciones, solo tenían que ir y arrestarlos. Las órdenes eran claras: identificarlos y arrestarlos sin más para conducirlos a un Centro Primario, desde donde se redistribuirían.

Eran las cuatro de la madrugada y hacía calor. Muchas ventanas permanecían abiertas durante la noche parisina. Las furgonetas policiales habían llegado a las afueras del barrio con las luces apagadas. Era imprescindible no llamar mucho la atención para poder hacer una buena redada. Un batallón de hombres uniformados bajó de los furgones y se desplegó por las calles entrando en las casas. Todo fue muy rápido, hasta que empezaron los gritos de los vecinos alertando de su presencia.

A Gregori le despertaron los gritos de alerta y se levantó apresurado. Sacudió a su mujer para que se despertase y salió de su cuarto. Hacía tiempo que sospechaba que pronto tendría que enfrentarse a esta situación y supo que era el momento. Entró en la habitación de su hija de cuatro años, la despertó y la tomó en brazos; abrió un baúl y la metió dentro. «¿Te acuerdas cuando papá te dijo que a lo mejor tenías que esconderte durante un buen rato para que no te encontrasen los monstruos?». La niña asintió con la cabeza medio dormida aún. «Pues vamos a hacerlo hoy. No te muevas de aquí pase lo que pase, luego mamá te sacará», le dijo. Después la besó y cerró la tapa cuidando de dejar una rendija para que pudiera respirar; luego le dijo a su mujer que se escondiera bajo la cama. «No han venido a por vosotras, han venido a por mí». «Pero yo quiero estar contigo», se quejó la mujer. «No, tú tienes que esconderte para que puedas salvar a Marina. No te preocupes, no me pasará nada».

Gregori sabía que su futuro era incierto, pero no quería preocuparla y le hizo prometer que huiría con la niña. A regañadientes, la mujer se metió bajo la cama. Gregori era un judío polaco refugiado en París y sabía que lo que les interesaba era cogerle a él. Si se enfrentaba a ellos, dejarían en paz a su familia.

Se oyó un estruendo y la puerta se abrió violentamente. La jauría de gendarmes entró en la casa.

—¿Es usted Gregori Dolecki?

—Sí, soy yo.

—¿Hay alguien más en la casa?

—No. Vivo solo.

Y dándole un golpe de culata en la cabeza, se lo llevaron. Pero uno de los uniformados se quedó en la casa para registrarla; entró en la habitación y echó un vistazo. Por debajo de la cama vio un

trozo de lo que parecía un camisón sobresaliendo. Sonrió con malicia. «Ya te tengo», dijo.

—Vaya, vaya... Lo que tenemos aquí... —El oficial sacó a la mujer de un tirón y la puso frente a él. La mujer llevaba un camisón que dejaba ver la voluptuosidad de su cuerpo. La miró con gesto obsceno, comprobó que no había nadie más en la casa. Hacía mucho que no estaba con una mujer. La guerra era dura en ese sentido y ¿por qué no aprovechar la ocasión? Nadie se iba a enterar... En un descuido, ella intentó escapar, pero él la agarró de nuevo y la tiró sobre la cama—. Veamos lo que tienes para darme, preciosa.

Mientras tanto, dentro del baúl la niña intentó mirar por la rendija. Aterrorizada, incapaz de moverse por el miedo, cerró los ojos, contuvo la respiración y se tapó los oídos. Con un rápido movimiento de las manos, el soldado rasgó el camisón de su madre y la dejó desnuda frente a él. La mujer se tapó con las manos instintivamente mientras sollozaba paralizada por el pánico.

—A ver cómo se lo hacen las fulanas de los judíos —dijo desabrochándose el pantalón con una mano, mientras la sujetaba con la otra—. Seguro que esto te gusta más que lo que te da ese judío cabrón. Ya me imaginaba yo que alguna putita debería tener ese judío cabrón.

Arrancó sus bragas y, sin más miramientos, la penetró salvajemente, mientras ella, sin oponer resistencia para no asustar a su hija, ahogaba un grito. Lo miró, observó aquella cara desfigurada por una mueca de odio y placer, y se fijó en un pequeño lunar en el lado derecho del cuello mientras intentaba no sentir el dolor.

—¿Te ha gustado, perra? —Dudó entre matarla o dejarla allí, pero en ese momento oyó a otro oficial llamándole desde fuera y sabía que no tenía tiempo para más. La dejó allí tirada—. Deberías

darme las gracias. Has tenido suerte esta vez —dijo mientras se marchaba.

Ella quedó tendida en la cama, intentando recuperar la compostura para poder sacar a su hijita del baúl y arrojarla. Tenían que huir de allí cuanto antes, se lo había prometido a Gregori. Afortunadamente, ella era francesa y podía hacerlo sin problemas.